

"LA PRENSA,"

ADMINISTRACIÓN.

Lima, 8 de junio de 1916.

Dulce amiga:

No voy á intentar excusarme nuevamente por este segundo retardo. Sé que eres infinitamente buena y que me perdonarás. No creas que sea posible que te olvide. Aunque deje de escribirte algunos días, no he de abandonarme tu recuerdo.

El domingo á que te refieres en tu carta había dejado en el Palais algunos amigos para dejar un encargo en La Prensa. Me demoré mucho probablemente y ellos se marcharon. Cuando me viste era sin duda que los buscaba. Yo no te ví y opté por refugiarme en el Colón. No me gusta estar solo. Unicamente me place la soledad cuando es absoluta; no en las calles en medio de un torbellino de conocidos y desconocidos.

No te he saludado hasta que recibí tu carta porque tu no me habías autorizado para hacerlo. Creí que mi saludo tal vez sería imprudente. Por eso lo limité á una sonrisa. Pensaba que tu hermano, ó quien te acompañase, podía mostrarse sorprendido ante nuestro conocimiento. Me agrada la franqueza con que me has reclamado el cumplimiento de una cortesía elemental y me reprochas amablemente mi cobardía ante el convencionalismo. Solo que el saludo en su forma cortés es también otro convencionalismo. De las personas que me saludan, solo le contestaría yo al diez por ciento.

No había visto "Lulú". Aún no he tenido ocasión de ver tu cuento; pero lo haré. I te diré mi opinión franca. No volveré á decirte "simpático artículo".

//

A pesar de que todos los días, -en la tarde, en la noche y en la mañana- veo al Conde de Lemos, no me he atrevido á preguntarle sobre tu carta, por el motivo que te dije. Temo que adivine mi farsa. Entre nosotros, somos absolutamente sinceros. A nosotros mismos cuando hablamos con otras personas nos dá risa la diferencia de las palabras y actitudes que entonces empleamos con las que empleamos en la charla íntima. He resuelto que el Conde se aficiona á las carreras. Desde el domingo iré todas las reuniones hípias conmigo.

Estoy aburrido. No tengo deseos de trabajar. Todos los días propongo empezar á trabajar el día siguiente y el día siguiente vivo la misma vida infancunda y frívola y hago el mismo voto de trabajo. Qué se va á hacer.

No te escribo mas porque ya es muy tarde y me aguardan. He aprovechado para escribirte unos minutos que he dejado al escritor argentino Mertens, mientras conversa con otros redactores. No durará mucho su charla y vendrá por mí. Lo presiento. En la habitación contigua conversa precisamente el Conde de Lemos.

Hasta muy pronto.

Con toda mi devoción.

